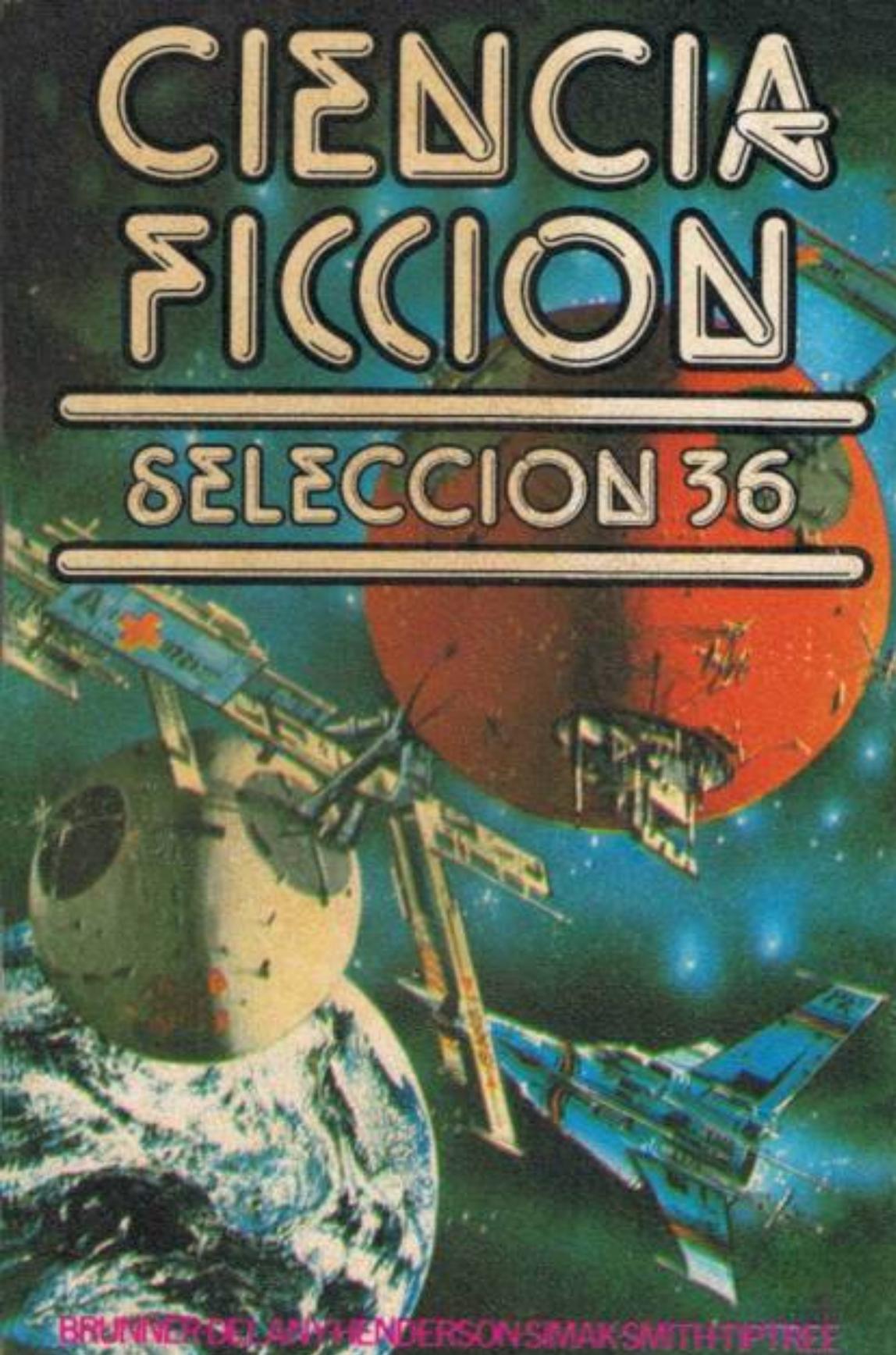


CIENCIA FICCION

The background of the cover is a vibrant space scene. In the lower-left corner, a portion of Earth is visible, showing blue oceans and white clouds. A large, complex space station or orbital platform is positioned in the center-left, featuring a prominent white spherical module with a dark circular opening. To the right, a large, reddish-orange planet dominates the background. Several futuristic spacecraft are scattered throughout the scene, including a blue and white ship in the lower-right and another smaller vessel near the red planet. The overall color palette is dominated by blues, greens, and oranges, with a starry space background.

SELECCION 36

BRUNNERZEL ANY HENDERSON SIMAK SMITH TIPTREE

En esta selección se incluye el último relato de Clifford D. Simak, recientemente galardonado por la SFWA (*Science Fiction Writers of America*) con el *Grand Master Award*, honor que hasta el presente sólo han conseguido otros dos autores.

Otros dos maestros del género, Samuel R. Delany y John Brunner, nos obsequian con sendas novelas cortas de dudosa clasificación pero indudable calidad: *Prismática* y *El hombre que podía suministrarnos elefantes*.

Completan la antología tres relatos de otras tantas autoras, representativos de distintas etapas de la cada vez más importante aportación femenina al género.

Todas las narraciones proceden de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en su género.

Contenido

Presentación: *La tradición fantástica en la ciencia ficción*, Carlo Frabetti.

Hermano (Brother), Clifford D. Simak, 1977.

La pareja del capitán (The Captain's Mate), Evelyn E. Smith, 1956.

Prismática (Prismatica), Samuel R. Delany, 1977.

El primer ataque (The First Stroke), Zenna Henderson, 1977.

El hombre que podía suministrarnos elefantes (The Man Who Could Provide Us With Elephants), John Brunner, 1977.

El ángel que repartió el tiempo (Time Sharing Angel), James Tiptree, Jr., 1977.

PRESENTACIÓN

La tradición fantástica en la ciencia ficción

Se ha dicho a menudo que la ciencia ficción es la narrativa fantástica propia de nuestro tiempo, en la que los elementos temáticos y símbolos tradicionales han dejado paso a una nueva imaginaria más acorde con esta época de cientifismo y automatización.

No cabe duda de que esto es bastante cierto; pero es una verdad parcial que puede confundir más que esclarecer, si no se la matiza debidamente. Pues la relación de la ciencia ficción con la fantasía tradicional tiene tanto de ruptura como de continuación. Ruptura que, más que a nivel temático, se produce a nivel de enfoque.

En esta selección nos encontramos con una narración que en muchos aspectos es un auténtico «cuento de hadas», con otra que alude solapadamente al vudú, y con un relato en el que se habla de un ángel. ¿Dónde está la ruptura temática? ¿Son estas narraciones de ciencia ficción? No es fácil (ni necesario) trazar fronteras nítidas entre la ciencia ficción y la fantasía, y es probable que más de un lector opine que algunos relatos de esta antología son meramente fantásticos, y no seré yo quien les lleve la contraria. Pero incluso en los relatos de «fantasía pura» escritos por autores de ciencia ficción suele haber unos matices de distanciamiento, ironía o crítica que los distinguen de la fantasía tradicional, y en este sentido la fórmula «ficción es-

peculativa» se revela notablemente acertada para subrayar la amplitud y elasticidad de los límites de lo que se viene llamando ciencia ficción.

Aunque las fórmulas son lo de menos, y por mucho que los amantes de cuadrículas y ficheros sufran ante la dificultad, cada vez mayor, de clasificar los relatos que —por decirlo de alguna forma— no imitan la realidad, lo cierto es que hemos de alegrarnos de que la narrativa contemporánea escape cada vez más a las clasificaciones y los géneros. Es una garantía de que intenta —y a veces lo consigue— ir más allá de unos esquemas preconcebidos que tienden a encasillarlo todo, incluso lo que está por descubrir y por hacer.

CARLO FRABETTI

HERMANO

Clifford D. Simak

Es posible que al comenzar este relato de Simak, el lector erudito se diga: «Ya estamos otra vez con la consabida mecedora chirriante en el porche de la consabida casita rural». Pero en esta ocasión el bucólico e inolvidable autor de Ciudad, sin dejar de ser coherente con su producción habitual, nos sorprende con un relato insólito e inquietante.

Estaba sentado en su mecedora, en el patio empedrado, cuando el automóvil salió de la carretera y se detuvo ante su verja. De él salió un desconocido, abrió la cancela y se aproximó por el camino. El hombre que se acercaba era viejo; no tan viejo, juzgó el hombre de la mecedora, como él mismo, pero viejo. Su pelo blanco ondeaba al viento y había un lento y casi imperceptible arrastrar los pies en su andar.

El hombre se detuvo ante él.

—¿Es usted Edward Lambert? —preguntó. Lambert asintió con la cabeza—. Yo soy Teodoro Anderson —dijo el desconocido—. De Madison. De la Universidad.

Lambert le señaló la otra mecedora que había en el patio.

—Siéntese, por favor —dijo—. Está usted muy lejos de su casa.

Anderson rió.

—No demasiado. Unos ciento cincuenta kilómetros nada más.

—Para mí eso es lejos —dijo Lambert—. En toda mi vida no me he alejado de aquí más de treinta kilómetros. El espaciopuerto que hay al otro lado del río es lo más lejos que he estado nunca.

—¿Visita usted el puerto con frecuencia?

—Hubo un tiempo en que lo hacía. Cuando era más joven. Recientemente, no. Desde aquí, donde estoy sentado, puedo ver las naves arribar y partir.

—¿Se sienta a verlas?

—Hubo un tiempo en que así lo hacía. Ahora ya no estoy pendiente de ellas.

—Tiene usted un hermano, según tengo entendido, que anda por el espacio.

—Sí, Phil. Phil es el vagabundo de la familia. No éramos más que él y yo. Gemelos idénticos.

—¿Le ve usted de vez en cuando? Quiero decir, ¿viene a visitarle alguna vez?

—Ocasionalmente. Tres o cuatro veces, eso ha sido todo. Pero no recientemente. La última vez que vino a casa fue hace veinte años. Siempre tenía prisa. Sólo podía quedarse uno o dos días. Siempre tenía grandes historias que contar.

—Pero usted permaneció en casa. Treinta kilómetros me ha dicho, eso es lo más que se ha alejado nunca.

—Hubo un tiempo —dijo Lambert— en que yo hubiera querido irme con él. Pero no pude. Nacimos cuando nuestros padres eran ya de una edad avanzada. Eran ya ancianos cuando nosotros éramos jóvenes. Alguien tenía que quedarse aquí con ellos. Y una vez que pasaron a mejor vida, me di cuenta de que no podía irme. Estas colinas, estos bosques, los arroyos, se habían convertido en parte de mí.

Anderson asintió con la cabeza.

—Puedo comprender eso. Está reflejado en sus escritos. Se convirtió usted en el portavoz bucólico del siglo. Estoy citando opiniones ajenas, pero por supuesto que usted lo sabe.

Lambert gruñó:

—Literatura de la naturaleza. En tiempos fue la gran tradición americana. Cuando empecé a escribir, hace cincuenta años, había pasado de moda. Nadie la comprendía, nadie la quería para nada. Nadie veía que fuera necesaria. Pero ahora está aquí de nuevo. Cada imbécil que es capaz de juntar tres palabras se dedica a escribirla.

—Pero nadie tan bien como usted.

—Llevo más tiempo dedicado a ello. Tengo más práctica.

—Ahora —dijo Anderson— existe una mayor necesidad de esa literatura. Un recordatorio de una herencia que casi hemos perdido.

—Tal vez —dijo Lambert.

—Volviendo a la cuestión de su hermano...

—Un momento, por favor —dijo Lambert—. Ha estado usted haciéndome un montón de preguntas. Nada de preliminares. Nada de ir llevando la conversación cómodamente. Ninguna de las amenidades coloquiales habituales. Usted se ha limitado a entrar aquí a saco y ha empezado a hacerme preguntas. Me dice usted su nombre y que viene de la Universidad, pero ahí acaba todo. Para que conste, señor Anderson, haga el favor de decirme a qué se dedica usted.

—Lo lamento —dijo Anderson—. Admito que he actuado con poco tacto, a pesar de que se supone que es un elemento básico de mi profesión. Debería conocer su valor. Pertenezco al departamento de psicología y...

—¿Psicología?

—Así es, psicología.

—Hubiera imaginado —dijo Lambert— que se dedicaba usted a la lengua inglesa, o tal vez a la ecología o a alguna disciplina relacionada con el medio ambiente. ¿Cómo es que un psicólogo viene a hablar con un escritor naturalista?

—Por favor, concédame un momento —rogó Anderson—. He abordado la cuestión equivocadamente. Empecemos de nuevo. En realidad he venido a hablar de su hermano.

—¿Qué pasa con mi hermano? ¿Cómo ha podido usted saber que existía? La gente de los alrededores lo sabe, pero nadie más. En mis escritos jamás le he mencionado.

—Pasé una semana, el verano pasado, en una estación de pesca a pocos kilómetros de aquí. Oí hablar de él entonces.

—Y algunos de aquellos con los que usted habló le dijeron que yo jamás tuve un hermano.

—Así es, exactamente. Verá usted, tengo en marcha un estudio en el que llevo trabajando los últimos cinco años...

—No sé cómo pudo empezar a circular esa historia —le interrumpió Lambert— acerca de que jamás tuve un hermano. Nunca le he prestado atención, y no alcanzo a comprender por qué usted...

—Señor Lambert —dijo Anderson—, por favor, discúlpeme. He verificado los certificados de nacimiento en la sede del condado, y según el censo...

—Lo recuerdo —dijo Lambert— como si hubiera sido ayer; me refiero al día en que se fue mi hermano. Estábamos trabajando en el pajar, aquel que está allí, al otro lado de la carretera. El pajar ya no se usa, y como puede usted ver se ha derrumbado. Pero por aquel entonces sí que se utilizaba. Mi padre cultivaba aquella pradera de allá que está junto al arroyo. Aquella tierra daba, y volvería a dar, si alguien la cultivara, las cosechas de maíz más hermosas que pueda usted imaginarse. Un maíz mejor que el de las praderas de Iowa. Mejor que el de cualquier otra parte del mundo. Yo lo cultivé durante años después de que muriera mi padre, pero ya lo he dejado. Abandoné el oficio de granjero hace ya sus buenos diez años. Vendí todo el ganado y la maquinaria. Ahora tengo un pequeño gallinero. No hace falta que sea demasiado grande. Sólo hay...

—¿Decía usted acerca de su hermano?

—Sí, supongo que sí. Phil y yo estábamos trabajando un día en el pajar. Era un día lluvioso. No, no realmente lluvioso, solamente chispeaba un poco. Estábamos reparando arneses. Sí, arneses. Mi padre era un hombre extraño en muchos aspectos. Extraño en muchos aspectos razonables. No era partidario de utilizar más maquinaria que la necesaria, jamás hubo aquí un tractor. Opinaba que eran mejores los caballos. En un lugar tan pequeño como éste lo eran. Yo mismo los estuve utilizando hasta que finalmente tuve que

venderlos. Fue un trago amargo el venderlos. Aquellos caballos y yo éramos amigos. Pero en cualquier caso, mi hermano y yo estábamos reparando el arnés cuando Phil me dijo, sin venir a cuento, que iría al puerto para intentar conseguir trabajo en algunas de las naves. Habíamos hablado acerca de ello de vez en cuando, anteriormente, y los dos teníamos deseos de ir, pero fue para mí una sorpresa que Phil dijera que se iba. No tenía ni la más remota idea de que lo hubiera decidido para entonces. Hay algo acerca de esto que debe usted comprender..., el momento, las circunstancias, la novedad y la emoción de viajar a las estrellas aquel día, hace más de cincuenta años. Hubo tiempos muy lejanos en la historia de nuestro país en que los muchachos de Nueva Inglaterra huían al mar. En aquel momento de hace cincuenta años, huían hacia el espacio...

Según lo iba contando, lo recordaba, tal y como le había dicho a Anderson, como si hubiera ocurrido ayer mismo. Todo volvía a él con claridad y realismo, incluyendo el húmedo olor del heno del año anterior que había en el altillo encima de sus cabezas. Las palomas se arrullaban en lo alto del pajar y arriba, en los pastos de la colina, una vaca solitaria mugía desoladoramente. Los caballos pateaban el suelo en sus caballerizas y hacían pequeños ruidos, masticando el heno que quedaba en sus comederos.

—Tomé la decisión esta noche —dijo Phil—, pero no te dije nada porque quería estar seguro. Podría esperar, por supuesto, pero existe la posibilidad de que jamás me vaya. No quiero pasarme aquí la vida deseando haberme ido. Te encargarás de decírselo a papá, ¿verdad?, después de que me haya ido. Esta tarde, en algún momento que encuentres, dándome tiempo para que pueda irme.

—Él no te lo impediría —dijo Edward Lambert—. Lo mejor sería que se lo dijeras. Puede que intente razonar contigo, pero jamás intentaría detenerte.

—Si se lo digo, jamás me iré —dijo Phil—. Veré la expresión de su cara y no seré capaz de irme. Tendrás que ha-

cer esto por mí, Ed. Tendrás que decírselo tú, de modo que yo no tenga que verle la cara.

—¿Cómo piensas entrar en una nave? No querrán un granjero paleta. Lo que ellos quieren es gente preparada.

—Habrá una nave que tenga que partir, pero a la que le falten uno o dos miembros de la tripulación —dijo Phil—. No les esperarán. No perderán el tiempo buscándoles. Aceptarán a quien quiera que esté allí. En cuestión de uno o dos días encontraré esa nave.

Lambert recordó una vez más cómo se había quedado en la puerta del pajar, observando cómo se alejaba su hermano carretera abajo, con sus botas chapoteando en los charcos y su figura emborronada por la llovizna. Durante un largo tiempo después de que ya no pudo verle, mucho después de que el gris de la llovizna hubiera absorbido su silueta, había seguido imaginando que podía verle, una figura aún más pequeña andando con paso pesado por la carretera. Recordaba la opresión de su pecho, el nudo que se le había hecho en la garganta, la terrible y desazonadora angustia de la partida de su hermano. Como si se hubiera ido una parte de él, como si se hubiera partido en dos, como si sólo quedara de él la mitad.

—Éramos gemelos —le dijo a Anderson—, gemelos idénticos. Estábamos más cercanos el uno al otro que la mayor parte de los hermanos. Vivíamos el uno en el bolsillo del otro. Todo lo hacíamos juntos. Cada uno de nosotros sentía lo mismo hacia el otro. Phil tuvo que tener mucho valor para irse de aquella manera.

—Y usted también —dijo Anderson— para dejarle marchar. ¿Pero volvió?

—No, durante largo tiempo. No hasta después de la muerte de nuestros padres. Entonces apareció caminando por la carretera igual que se había ido. Pero no se quedó. Estuvo aquí sólo un par de días. Estaba ansioso por partir. Como si algo tirara de él.

Aunque aquello no era exactamente cierto, se dijo a sí mismo. Nervioso. Asustadizo. Mirando por encima del hombro, como si alguien le siguiera. Mirando a sus espaldas para asegurarse de que el Perseguidor no estaba allí.

—Volvió unas cuantas veces más —dijo Lambert—. Pasaban años entre visita y visita. Jamás se quedaba demasiado tiempo. Estaba ansioso por volver a irse.

—¿Cómo explica usted que la gente haya concebido esta idea de que usted nunca tuvo un hermano? —preguntó Anderson—. ¿Cómo explica el silencio de los registros?

—No lo explico de ninguna manera —contestó Lambert—. La gente tiene ideas extrañas. Surge un rumor irresponsable... tal vez nada más que una pregunta: ¿Y ese hermano que dice que tiene? ¿Tiene en realidad un hermano? ¿Hubo en realidad alguna vez un hermano? Y otros la recogen y la amplían a su manera y la cosa va extendiéndose. Aquí, en estas colinas perdidas, no hay mucho de qué hablar. Se aferran al primer tema que encuentran. Supongo que resultaría un tema intrigante sobre el que charlar... ese viejo chiflado del valle que cree que tiene un hermano que jamás existió, presumiendo sobre su hermano inexistente, diciendo que está perdido por ahí, entre las estrellas. Aunque a mí me parece recordar que jamás he presumido, en realidad.

—¿Y los registros? O la ausencia de registros.

—Simplemente, no lo sé —contestó Lambert—. Ni siquiera sabía lo de los registros. Jamás se me ocurrió ir a comprobarlos. Jamás hubo razón alguna para que lo hiciera. Verá usted, yo sé que tengo un hermano.

—¿Cree usted que podría acercarse a Madison?

—Sé que no lo haré —dijo Lambert—. Rara vez abandono este lugar. Ya no tengo automóvil. Me acerco con alguno de mis vecinos, cuando puedo, al almacén para comprar las pocas cosas que necesito. Estoy satisfecho aquí. No tengo necesidad de ir a ninguna parte.

—¿Ha vivido usted aquí solo desde la muerte de sus padres?

—Efectivamente —respondió Lambert—. Y opino que esta conversación ya ha ido demasiado lejos. No estoy seguro de que usted me guste, señor Anderson. ¿O acaso debería llamarle doctor Anderson? Sospecho que así debe ser. No tengo intención de ir a la Universidad a contestar a las preguntas que a usted se le pasen por la cabeza para someterme a pruebas para ese estudio suyo. No estoy seguro de cuál es su interés en todo esto y no estoy ni remotamente interesado. Tengo cosas más importantes que hacer.

Anderson se alzó de su asiento.

—Lo siento —dijo—. No pretendía...

—No se excuse —le cortó Lambert.

—Me gustaría que pudiéramos separarnos de un modo más alegre —dijo Anderson.

—No deje que eso le preocupe —dijo Lambert—. Limítese a olvidarlo. Eso es lo que tengo intención de hacer yo.

Continuó sentado en la mecedora mucho después de que su visitante hubiera partido. Unos cuantos automóviles pasaron, no muchos, dado que aquella era una carretera escasamente transitada, una carretera que en realidad no llevaba a ninguna parte, simplemente una vía de acceso para las pocas familias que vivían a lo largo del valle y al fondo en las colinas.

Qué descaro, pensaba, qué arrogancia, aparecerse aquí para preguntarle todas esas cosas en tromba. Aquel estudio que estaba llevando a cabo..., tal vez un estudio de las fantasías adoptadas por la población anciana. Aunque no tenía que ser necesariamente sobre ese tema; podría ser sobre toda una serie de temas posibles.

No había, se recordó a sí mismo, razón alguna para alterarse por aquello. Carecía de importancia; los malos modales sólo tenían importancia para aquellos que los tenían.

Se meció suavemente. Los balancines protestaron sobre el empedrado, y se quedó mirando más allá de la carretera y el valle hacia el lugar a lo largo de la colina de enfrente donde corría el arroyo, con su corriente gorgoteando sobre los vados pedregosos y haciendo remolinos en profundos estanques. Allí, durante los largos y calurosos días de verano, Phil y él habían pescado cotos, utilizando retorcidas ramas de sauce como cañas, porque no había dinero para comprar equipo de pesca normal, y no es que lo hubieran deseado, incluso aunque hubieran tenido el dinero. Durante la primavera subían grandes bancos de peces; remontaban el arroyo desde el río Wisconsin para llegar a sus zonas de desove. Phil y él solían salir a cogerlos con una red, una red improvisada por medio de un saco de yute con la boca sujeta a un aro de barril.

El arroyo estaba lleno de recuerdos para él, al igual que el resto de la tierra: las colinas que se cernían sobre ellos, los pequeños valles escondidos, el denso bosque que lo cubría todo excepto las escasas superficies niveladas que habían sido abatidas para utilizarlas para el cultivo. Conocía cada sendero y atajo del bosque. Sabía lo que crecía en él y lo que vivía en él y dónde crecía o vivía. Conocía los secretos de los pocos kilómetros de campo que le rodeaban, pero no todos los secretos; estaba aún por nacer el hombre que pudiera conocer todos los secretos.

Él tenía, se repetía a sí mismo, lo mejor de dos mundos. De dos mundos, ya que no le había contado a Anderson, ni a nadie, que había un vínculo secreto entre él y Phil. Era un vínculo que nunca les había parecido extraño porque era algo que habían conocido desde que eran pequeños. Incluso cuando estaban separados, habían estado al corriente de lo que el otro hacía. No resultaba nada asombroso para ellos; era algo que habían dado prácticamente por sentado. Años más tarde había leído en informadas revistas los estudios que habían sido realizados sobre los gemelos idénticos, junto con la especulación académica de que de